

Gerardo Laveaga, director editorial de "El Mundo del Derecho" de México, me pidió un recuerdo de Sergio García Ramírez y se ha publicado en el mes de marzo y a quien, siguiendo el dicho del gran poeta López Velarde mexicano, le deseo QUE SU NUEVA PATRIA LE SEA SUAVE



A SERGIO GARCIA RAMÍREZ

Que tu nueva patria te sea suave

Hasta que una persona cercana de nuestro mundo académico no se despide, no solemos darnos cuenta de hasta qué punto sus imágenes y sus palabras perviven hoy en día en Internet e



impresiona sobremanera encontrar a nuestros amigos en vivo y en directo cuando ya han partido bien lejos. Hace bien poco subí a mi cuenta de FB la intervención de don Sergio en Toledo con motivo de la jornada que organizamos en 2019, aniversario de la acogida mexicana al exilio español, en especial a los juristas. Podemos seguir viéndolo allí, en la ex-iglesia del convento de San Pedro Mártir, antigua sede del disco duro de la Inquisición y hoy paraninfo de la Universidad, dirigiéndose a un

numeroso y cualificado público, entre el cual se encontraba la embajadora de México, Roberta Lajous, Fernando Serrano Migallon, Emilio Cassinello, embajador de España criado en el exilio mexicano y la subsecretaria del Ministerio de Justicia Cristina Latorre, y además a Patxi Andión recitando el poema de Pedro Garfias escrito a bordo del Sinaia “Entre México y España”. También puede verse la conferencia del ciclo de Grandes Maestros de la UNAM y la entrevista que le hizo recientemente Miguel Polaino-Orts, culto penalista sevillano, disponible en la página de su Facultad.

En Toledo recordaba don Sergio a la pléyade de maestros que a México “nos trajo la mar “; como reza la placa en su memoria de la Facultad de Derecho de la UNAM. Don Andrés Henestrosa se hubiera referido a los que fueron dispersados de su patria por la macabra danza de la muerte. Recordaba allí y proclamaba el homenaje a su maestro -y de tantos otros-, como Héctor Fix Zamudio, don Niceto, Alcalá-Zamora y Castillo. Con ello revelaba don Sergio, una de sus principales cualidades, la de hombre agradecido, persona consciente de lo mucho que debemos a nuestros predecesores. Cuánto mejor nos iría a todos si fuéramos capaces de sustraernos al adanismo que parece tan propio de nuestro tiempo. Bien consciente era don Sergio del tiempo pasado y del mismísimo presente, que con agudeza plasmaba críticamente en estos últimos años cada semana en sus artículos en defensa del Estado de Derecho. Era heredero por vocación de la revolución mexicana y de la Constitución de 1917. No olvidaré sus sugerencias y consejos para un trabajito mío sobre la primera constitución moderna de la historia que habría de publicarse en la Revista de occidente fundada por Ortega y Gasset. Pero menos aún olvidaré su protesta cuando en mi borrador de discurso de aceptación del doctorado honoris causa del INACIPE me refería yo a la novela de Mariano Azuela como una “obrita”. Por cierto, que en aquella ceremonia hizo de mí el elogio más grande y desmedido que he recibido nunca y que jamás recibiré.

Conservó siempre fresca la memoria de aquellos maestros españoles transterrados en la mejor obra de acogida de refugiados que conoce la historia de la solidaridad humana y que representa la figura del Presidente Lázaro Cárdenas, y a quienes le acompañaron en la acción: Isidro Fabela, Narciso Bassols, Luis I. Rodríguez, Gilberto Bosques o los dos maestros Daniel Cossío Villegas y Alfonso Reyes, cada uno de los cuales vale tanto como un Ortega y Gasset, no sólo por la obra propia, sino por la obra por ellos impulsada. Nuestro mundo hispánico sería mucho más pobre sin su obra editorial por excelencia: el Fondo de Cultura Económica. La obra científica y político institucional de nuestro personaje de hoy es grata encarnación de esos maestros.

Pero a la moralidad de su discurso se añadía el espectáculo de su modo de hablar la lengua castellana. Muchas veces he visto como enmudecía el público en España y en América cuando iniciaba sus conferencias y es que muchos nunca habían oído hablar en lengua española con tanta hermosura, con tal riqueza de matices y con una extraordinaria dicción clásica, que se dejaba acompañar siempre con dos términos alternativos o complementarios que fijaban la idea en los oyentes. Era un castellano clásico, propio de las formas que propugnaba don José Rubén Romero en su encarecimiento de la lectura de la obra inmortal "Cómo leemos el Quijote", una de cuyas ediciones tuvo Miguel Angel Porrúa la amabilidad de editar a mi nombre.

Además, era persona extraordinariamente culta, de lo que para mí es muestra desde su participación e impulso a la edición de la valiosísima colección "Artes de México", hasta la actividad intensa en el Seminario de Cultura Mexicana, que tanta labor meritoria realiza más allá de otros nobles centros que operan principalmente en Ciudad de México. Sus libros transmiten ese acervo cultural más propiamente mexicano que en los años veinte constituyeron los "Siete Sabios" y de los que, para no ofender a nadie, citaré al de mayor influencia y más ácido destino, que tuvo la desgracia de no morir ni en su patria, Santo Domingo, ni en la patria a la que dio tanta vida, don Pedro Henríquez Ureña.

Su generosidad era proverbial. Nunca regateó su tiempo para el consejo y apoyo a sus alumnos y discípulos para quienes en uno u otro continente seguían sus lecciones y conferencias. Así, puntualmente, todos los años acudía a Toledo al curso de posgrado de Derecho Constitucional que convoca Javier Díaz Revorio, que reúne a los más cualificados constitucionalistas de Europa y América. Al oírle siempre resplandecían los ojos de los más de 150 constitucionalistas de todo el orbe hispánico. Este año también estaba prevista su participación y convertiremos su ausencia en un homenaje que organizará Díaz Revorio, director de dicho curso y maestro de no pocos jóvenes mexicanos. Venía siempre y, bien es cierto, que no le disgustaba viajar, sobre todo si le acompañaba su mujer Carmen Valle, señora espléndida, editora de lujo y de vastísima cultura que queda ahora sola con sus amigos y con sus discípulos y sus nietos.

De todos los cargos y cargas que tuvo en su fructífera vida profesional solo mencionaré el más de mi gusto y el más modesto, aunque no el menos fructífero: director de la primera prisión modélica en la historia del penitenciarismo mundial que fue la prisión de Toluca. Recién concluidos los estudios de doctorado en Derecho, merced a los oficios de Juan José González Bustamante y Alfonso Quiroz Cuarón, el Gobernador del Estado de México, Juan Fernandez Albarrán, le encomienda dar vida a la penitenciaría del Estado cuya obra acababa de ser concluida y que requería a alguien que poseyera la vocación y las aptitudes para poner en marcha tan ambiciosa empresa. He imaginado muchas veces a aquel joven que se hacía cargo como primer inquilino de un excelente nuevo edificio penitencial que alojaría su persona y su esperanza de formular un centro penitenciario que habría de convertirse en modelo para nuestro mundo occidental. En su diseño institucional están las ideas de Concepción Arenal y de Victoria Kent, humanizar el castigo, fundado tan solo en la amarga necesidad de este, ajeno a las ficciones

del libre albedrío y con la firme pretensión de ofrecer a los internos las mejores oportunidades para seguir en un futuro la vida en libertad y sin delito. Quizá colegas de otras áreas tengan en sus *cursus honorum* profesional teatros de su saber de mayores lujos y salones de más elevada nobleza, pero los penalistas tenemos por salón el de la cárcel y las almas de la mayoría de los de allí encerrados. Aunque las cosas han cambiado mucho y a peor, aquella cárcel de Toluca respondía a la idea sobre el crimen de don Miguel de Cervantes, quien en “El casamiento engañoso” proclama que es la pobreza lo que a unos lleva a la horca y a otros al hospital. Nuestro personaje dice que de aquel destino salió otra persona distinta. Creo que su relación estrecha con los privados de libertad y el mando suave y eficaz sobre los funcionarios de la institución cerrada le cualificó el carácter para las siguientes aventuras. Alguna también directamente penitenciaria, como el cierre de la antigua penitenciaría Nacional del Lecumberri, que se había convertido en el Palacio Negro, museo de horrores a pesar de la buena intención de los colonos vascos originarios, que llamaron al sitio “lugar bueno y nuevo”, por fortuna en euskera, para que nadie sufriera por tanta contradicción, y que como Archivo Nacional luce mucho mejor. Pero esos son ya otros teatros del poder a los que otros bien seguro se referirán.

Su último viaje ha sido a Roma, donde se le ha entregado un cualificado premio junto a otros dos antiguos presidentes de tribunales internacionales. Un nuevo reconocimiento internacional para México. A España venía con gusto, pues gusto da navegar 10.000 km y podernos expresar en nuestra propia lengua materna. Lo supo ver por fortuna don Benito Juárez, ya desde su tiempo de escolar. En Madrid era también reclamado frecuentemente en el Centro de Estudios políticos y constitucionales, especialmente en el tiempo que lo dirigió Paloma Biglino.

La más alta condecoración para los juristas en España es la cruz y collar de San Raimundo de Peñafort. Impetré su entrega al entonces secretario de Justicia Juan Fernando López Aguilar, brillante catedrático de Derecho constitucional y hoy muy activo eurodiputado. Se presentó el ministro en Toledo, un 19 de enero, para imponerle el collar esplendoroso y la pesada cruz y a todos nos dio mucho gusto, especialmente por el lugar, el Teatrillo de los Frailes, como seguimos llamando a lo que en Universidad sin tanta historia sería el salón de grados. Averiguamos luego que los archiveros del ministerio habían averiguado que 20 años antes ya le había sido concedido por el gobierno de Felipe González y el ministro de justicia Enrique Mujica. Pero yo no lo vi en el currículum oficial de don Sergio, lo que, según me explicó tiempo después derivaba de que una singularidad mexicana es la de que antes de recibir una condecoración extranjera, hay que solicitar el *placet* al Congreso de la Nación y, al parecer, no estaba en aquellos momentos el horno para tales bollos. O sea, que don Sergio tenía dos grandes collares de San Raimundo de Peñafort, por cierto, carísimos. Otro premio notable, que este año se ha otorgado a la Comisión Internacional contra la Pena de muerte que se creó por impulso de José Luis Rodríguez Zapatero, ha sido el premio René Cassin, que patrocina en su afán internacional el gobierno vasco y que se le otorgó en el año 2018 y que promovieron José Luis De la Cuesta, presidente de la Asociación Internacional de Derecho Penal y catedrático de San Sebastián y Adela Asúa, catedrática de Bilbao y jueza del Tribunal Constitucional de España y hoy vocal del Consejo de Estado. Un premio bien acordado, con el nombre del principal inspirador de la redacción de la Declaración Universal de Derechos Humanos para quien convirtió esos derechos en el núcleo esencial de las Constituciones de América a partir de la idea del control de convencionalidad.

Acudiré para concluir a una cita que me gusta mucho y que aprendí en el estudio de Carmen Parra, que es de López Velarde, deseando a Sergio y a Carmen que la patria le sea suave, a Carmen la patria de todos y por muchos años, y a don Sergio la que ahora le corresponda, según se haya provisto de monedas para el simpático Caronte para atravesar la laguna Estigia.

Luis Arroyo Zapatero

Presidente de la Société Internationale de Défense Sociale, Rector honorario y profesor emérito de la Universidad de Castilla La Mancha, miembro correspondiente de la Academia Mexicana de Ciencias penales y de la Ciencias Morales y Políticas de Francia.

Patxi Andión recita Entre México y España, de Pedro Garfias, escrito a bordo del Sinaia, Paraninfo de San Pedro Mártir, Toledo, 2 de julio 2019. Homenaje a México en el 80 aniversario del exilio español.

https://www.youtube.com/watch?v=2TFK_Y1QnAg

